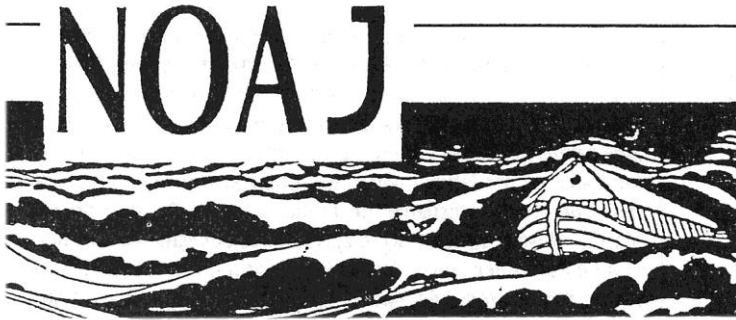




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Sosnowski, Saúl. Israel en la poesía de Borges. pp. 143-147

Israel en la poesía de Borges

No debe sorprender que más que el Estado de Israel, a Borges le hayan importado las confluencias de la historia y de las múltiples tradiciones que recaban en su territorio. Su obra está tejida con las palabras que al ser enunciadas precisan el tránsito de algunos episodios y cuya permanencia sólo podrá darse a partir de su incorporación a una gran tradición literaria. Sean Evaristo Carriego o Lugones, Martín Fierro o algún fugaz guerrero de otras sagas, Macedonio o Stevenson, Inglaterra, Ginebra o Israel, cada una de sus nada azarosas presencias son reducidas en el gran texto a las voces que se harán (o no) verbo o página memorable.

Si aceptamos una de las propuestas cardinales de la poética de Borges, que "cada lectura, cada recuerdo de esa relectura, renuevan el texto"¹, la existencia de Israel, estado y nación, — como la de cualquier otro motivo literario — es exaltada precisamente mediante su reducción de lo particular; ya dentro del marco de Borges,

por medio de su integración al extenso y fluido mapa de las memorias individuales en perpetua y porosa decantación.

Al señalar límites no trato de menoscabar la importancia que tuvieron para Borges el judaísmo y sus tradiciones, ni el concepto y el Estado de Israel, sino de precisar que sus intereses y exaltaciones momentáneas o sostenidas deben ser vistos como parte de un corpus que insistentemente redujo todo, incluso la teología, a mera rama de la literatura fantástica. La desacralización que por un lado aplanan el poder de la Divinidad — que no por ello cesa de crear con maestría lo irónico y paradójico —, por el otro exalta la capacidad del individuo de responder a los dictámenes del azar y de leer sus propios designios. De este modo se articulan la ineludible exaltación del acto propio y su pasajera vanidad. Si bien nada define al hombre tanto como el momento que es cifra de su vida, saber profundo del ser, puede que su importancia sólo esté circunscripta a las líneas demarcatorias de su propia faz; sólo los otros están capacitados para asignarle un valor histórico que es, además, fluctuante. En términos estéticos este valor se producirá mediante el encuentro del lector con su libro. El descubrimiento ante la palabra es, en sí, el acto hedónico de reconocerse en las palabras del otro, acto de lectura que en su ejecución promueve el repliegue del lector sobre sus propios ojos. Esta dinámica, leo en Borges, es aplicable a individuos y naciones.²

**Saúl
Sosnowski**

Crítico literario argentino, reside en los Estados Unidos desde 1964. Dirige el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Maryland. Fundó y dirige hace 15 años la revista Hispamérica. Ha publicado numerosos trabajos de crítica literaria, y los libros Julio Cortázar — Una búsqueda mítica (1973); Borges y la Cábala — La búsqueda del Verbo (1976; 1986); La orilla inminente — Escritores judíos argentinos (1987).

(1) **Siete noches**, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 102.

(2) Uno de los aportes más recientes es el abarcador libro de Edna Aizenberg, **The Aleph Weaver: Biblical Kabbalistic and Judaic Elements in Borges**, Potomac, MD, Scripta Humanistica, 1984. Su libro y mi **Borges y la Cábala: La búsqueda del Verbo**, Buenos Aires, Paidós, 1986 (1a. ed., 1976), ofrecen amplias bibliografías sobre el tema. Los estudios de Jaime Alazraki han sido editados en su **Borges and the Kabbalah and Other Essays on His Fiction and Poetry**, New York, Cambridge University Press, 1988.

Las filiaciones literarias de Borges (aquí son menos importantes las personales) con el judaísmo y con la Cábala ya han sido ampliamente documentadas por varios críticos. Desde sus páginas más tempranas, los textos de Borges han incorporado motivos judaicos para dilucidar el sentido del verbo; apeló a ellos como fuentes para indagar y vindicar la conducta de los hombres y de la divinidad, incluyendo desde el balbuceante rojo Adán del paraíso al ensombrecido y conmovedor Rabí de Praga; con un dejo de lúdica perversidad, estos motivos también fueron materia de artugios para alguna trama detectivesca. El rastreo de su **Obra poética (1923-1964)**¹ ya incluye, entre otros, "Una llave en Salónica" (p. 160) — que arquetípicamente traza el arco desde la expulsión de España a la destrucción del segundo Templo de Jerusalem — ; "El golem"² con el Rabí que trata de imponer al mundo al "aprendiz de hombre" (p. 169); su posible contrapartida, "Spinoza"³ que labra a su Dios con la palabra (p. 254) y el consuelo del nostálgico ser terreno de "Adam Cast Forth" (p. 259).

Su quinto libro de versos, **Elogio de la sombra**⁴ que se inicia con "Juan, I, 14" ("Yo que soy el Es, el Fue y el Será./ vuelvo a condescender al lenguaje./ que es tiempo sucesivo y emblema"), incluye los poemas "A Israel" (p.83), "Israel" (p. 87) e "Israel,

1969" (pp. 119-20). En "Acevedo" (p. 103 de este mismo volumen) alude a la "tierra hebrea" que incluyen sus múltiples orígenes⁵; en "A Israel" se pregunta sobre la presencia de Israel en "el perdido/ Laberinto de ríos seculares/ De mi sangre". Pero más que el nexo sanguíneo le importa "el sagrado/ Libro" que abarca a Adán y al Crucificado. Israel está en ese libro "que es el espejo/ De cada rostro que sobre él se inclina/ Y del rostro de Dios, que en su complejo/ Y arduo cristal, terrible se adivina." Sin alusión explícita alguna a la inmediatez de la historia, pero aludiendo a la entonces reciente Guerra de los Seis Días, termina: "Salve, Israel, que guardas la muralla/ De Dios, en la pasión de tu batalla."

Que un pueblo luche para preservar el libro que es la muralla — variante que elaborara en otro contexto sobre un emperador de la China⁶, — el libro de Dios en el que se reconoce cada ser y en el que se manifiesta la Divinidad, significa, conociendo algunos de los axiomas del arquitecto de la biblioteca de Babel, uno de los más elevados alegatos para justificar la permanencia de un pueblo sobre la tierra. Hasta parecería inevitable — continuando con la lectura de "Israel", el poema que le sigue — que la concatenación de todas las mutaciones del judío se hubieran dado para llegar a cumplir esa función. Un hombre

(1) Buenos Aires, Emecé, 1964.

(2) Motivos análogos en "Ajedrez II" (p. 182), "Los espejos" (p. 185), "Beppo", **La cifra**, Buenos Aires, Emecé, 1981, p. 21.

(3) Cf. "Baruch Spinoza", en **La moneda de hierro**, Buenos Aires, Emecé, 1976, p. 119.

(4) Buenos Aires, Emecé, 1969.

(5) En "La busca" el énfasis de los orígenes de los Acevedo está en los campos argentinos. **El oro de los tigres**, Buenos Aires, Emecé, 1972, pp. 37-8.

(6) "La muralla y los libros", **Otras inquisiciones**, Buenos Aires, Emecé, 1960, pp. 9-12.

expulsado, abominado y asesinado; “un hombre que a pesar de los hombres/ es Spinoza y el Baal Shem y los cabalistas,/ un hombre que es el Libro,/ una boca que alaba desde el abismo/ la justicia del firmamento”, un hombre que ha pasado por las “cámaras letales”, sabe llegar al presente: “un hombre que se obstina en ser inmortal/ y que ahora ha vuelto a su batalla,/ a la violenta luz de la victoria,/ hermoso como un león al mediodía”. Mediante referencias a momentos precisos de la historia judía, desde Sansón hasta el Holocausto y desde Shylock a un innominado procurador, subraya la supervivencia por sobre toda adversidad; canta a esa capacidad de haber permanecido, aunque inclinado, sobre la tierra, recordando su antigua morada en el Paraíso y dialogando ocasionalmente con Dios, para imponerse finalmente con la gloria violenta y luminosa de la victoria. En este caso, el ser histórico del judío, atravesado por condenas literarias y atrocidades reales, se deslinda de ese otro hombre que es todos los hombres y que cabe bajo la figura paradigmática que Borges conjuga en “El inmortal”¹, negándose a perecer y erigiéndose tras sus múltiples mutaciones “hermoso como un león al mediodía”. Ya no es un hombre cruzado por la banalidad reiterativa de lo eterno, sino el que emerge de las múltiples sumas de individuos muertos y perpetuamente renacidos.

“Israel, 1969” elabora, precisamente, a ese hombre que ha surgido del nuevo estado. A pesar del llamativo temor inicial de Borges, este hombre no descende de los múltiples y nostálgicos

exilios de geografías distantes. El israelí es un soldado, habla la lengua del Paraíso, habrá de olvidar lo que fue en otros territorios, ha construido la patria de la ciénaga y el desierto con hermanos que desconocía. A cambio de ello, le dice Israel sin palabras, “Una sola cosa te prometemos:/ tu suerte en la batalla”. Más que en estos últimos versos que garantizan tanto la batalla como el triunfo y la supervivencia, opto por detenerme en los versos que definen al Israel previo al establecimiento del estado. Dice: “¿Qué otra cosa eras, Israel, sino esa nostalgia,/ sino esa voluntad de salvar,/ entre las inconstantes formas del tiempo,/ tu viejo libro mágico, tus liturgias,/ tu soledad con Dios?” (p. 119). El poema enfrenta cuatro veces la palabra “nostalgia” con cuatro “olvidarás” que conminan a su negación. La Israel de la diáspora era nostalgia, voluntad de salvar(se) a través de lo divino. Todo ello ha sido abandonado “con el rigor, tierra última”. A cambio del libro, de esa “dulzura insidiosa” de la nostalgia diaspórica, de las liturgias y la soledad con Dios, el israelí posee la tierra, la lengua recuperada, la hermandad en la patria, el poder en la batalla.

En el sistema literario de Borges abunda esa otra nostalgia resumida en “El sur” en las muertes de Juan Dahlmann², y en las numerosas evocaciones de sus mayores. Letras y armas; el acceso y la redención en la memoria de los hombres que otorga una muerte valiente y la perduración en la memoria a través de una página feliz, se dirimen en muchos de sus textos. El enfrentamiento a la realidad material del Estado de Israel ofrece un

(1) **El aleph**, Buenos Aires, Losada, 1949, pp. 7-27.

(2) **Ficciones**, Buenos Aires, Emecé, 1956, pp. 187-95.

planteo no del todo disímil a aquél que sugiere que no sólo "La más antigua de las naciones/ es también la más joven", sino que también es una nación como todas las naciones: está basada en un nacionalismo homogeneizante, en un idioma común, en la construcción de un país, en el ejercicio de las armas como único recurso para su defensa. En la sección dedicada a "The Oldest of Nations Is Also the Youngest", Edna Aizenberg acierta al señalar que en "Israel, 1969", a Borges le preocupa la discontinuidad que el Estado de Israel causa ante la tradición judaica y que prefiere la tradición judaica e internacional por encima del arraigo en un sionismo aplanador¹. Si bien las expresiones positivas de Borges son coherentes con el apoyo sostenido que le brindara al pueblo judío desde los años treinta², lo son aún más con su exaltación del verbo y de la cultura como legado último de los hombres. Por cierto, ni él niega la historia ni su literatura es ajena a la especulación política; sin embargo, parece que le resulta más importante preservar la tradición judía que ver cómo la concreción de la nostalgia se incorpora al (des)concerto de naciones y cómo se desliza de la historia mitificada en la palabra, y del sueño de futuro, a la política. Pero por otro lado, además, pocos motivos literarios han sido tan exaltados en su obra como el culto a la individualidad, y es ésta la que ocupa un lugar central en este

poema cuando la negación de la diáspora permite que surja un "ser nuevo", entendido aquí como la encarnación de un lenguaje recuperado y de esa historia asimilada por la que atravesaron esos hombres de su poema "Israel".

Como materia literaria, Israel aporta, entonces, la posibilidad de exaltar el triunfo de la voluntad y de las armas y, al mismo tiempo la posibilidad de urdir con el legado de múltiples recuerdos, el sitio de la literatura. En la fugaz enumeración que organiza el poema "El pasado"³ Borges recupera, tan momentáneamente como todo otro incidente, a "El soldado que muere en Normandía,/ El soldado que muere en Galilea." La cercana correspondencia Normandía- Galilea puede ser tolerada dadas las páginas que Borges dedicara a la Segunda Guerra Mundial y a los ya citados textos de interés judaico. Resulta de mayor peso, sin embargo, que en última instancia ambos son manifestaciones que perduran en su propia eternidad y que ya habiéndose sumido en un "ilusorio ayer" también se sugieren variantes de un mismo arquetipo.

Dice Borges en "Posesión del ayer": "Sé que he perdido tantas cosas que no podría contarlas y que esas perdiciones, ahora son lo que es mío. (...) Sólo el que ha muerto es nuestro, sólo es nuestro lo que perdimos. Ilión fue, pero Ilión perdura en el hexámetro que la plañe. **Israel fue cuando era una antigua**

(1) Aizenberg, pp. 56, 58

(2) En "Una pedagogía del odio", Borges comenta un libro de texto nazi y concluye: "¿Qué opinar de un libro como éste? A mí personalmente me indigna, menos por Israel que por Alemania, menos por la injuriosa comunidad que por la injuriosa nación. No sé si el mundo puede prescindir de la civilización alemana. Es bochornoso que la estén corrompiendo con enseñanzas de odio." *Sur*, no. 32 (mayo 1937), p. 81.

(3) *El oro de los tigres*, pp. 17-8

nostalgia. (...) No hay otros paraísos que los paraísos perdidos”

¹. En esta reflexión desde la antesala de Ginebra — la página final de **Los conjurados** alude a ésta, “una de mis patrias” — se corrobora ese elemento insistente que señalara al comentar sus poemas dedicados a Israel. La poesía de Borges es, así la define en el “Prólogo” a **La cifra**, “intelectual”. Y aclara: “La palabra es casi un oxímoron; el intelecto (la vigilia) piensa por medio de abstracciones, la poesía (el sueño), por medio de imágenes, de mitos o de fábulas. La poesía intelectual debe entretejer gratamente esos dos procesos” (p. 11). En ese delicado balance entre la vigilia y el sueño, entre la abstracción y el mito, se arraiga la imagen de sus varios Israel en cuanto nostalgia, en cuanto expresión nacional, y en cuanto heredera de las tradiciones que siguen mereciendo los interrogantes y vindicaciones de quien al cabo del día también apela a Shakespeare para poder definirse con mero lenguaje de hombre, “Soy la cosa que soy” ².

Al revisar los textos dedicados a Israel, percibo que derivan hacia esa inevitable desilusión (dejo de abandono, quizás) que Borges registra con la pérdida de toda nostalgia; en ellos también leo la aceptación de un imprescindible acto de justicia después de haberse agotado las letanías de la nostalgia en tanto exilio y judería. **Elogio de la sombra** alberga “Una oración” que dice en

parte: “Desconocemos los designios del universo, pero sabemos que razonar con lucidez y obrar con justicia es ayudar a esos designios, que no nos serán revelados” (p. 144) ³. Lucidez y justicia, intelecto y poesía, han labrado (con cada lectura siguen labrando) insistentemente un mundo literario en el que nada posee categorías de absoluto. Este mundo, sin embargo, está formado por un idioma que “es una tradición, un modo de sentir la realidad, no un arbitrario repertorio de símbolos” ⁴. “Isaac Luria declara que la eterna Escritura/ Tiene tantos sentidos como lectores. Cada/ Versión es verdadera y ha sido prefijada/ Por Quien es el lector, el libro y la lectura” ⁵. Salvando las obligatorias distancias que separan (**malgré** Borges) a la teología de la literatura, a Dios del poeta que ansía serlo e inevitablemente vuelve a ser el rojo Adán del Paraíso, sus páginas incitan a renovados hechos estéticos, a encuentros nada fortuitos entre el lector y el poema. También la invocación que Borges hace de “Israel”, al igual que las recuperaciones parciales de lo judaico, caben en el régimen fluido de toda lengua inaugural. A pesar de todo, la lectura de sus versiones de “Israel” sugiere una vía media: que el abandono de la nostalgia no ceda paso al olvido de los orígenes y de la tradición; que esa perdurable nostalgia no impida erigir perdurables futuros de piedras en las tierras del Libro. ♦

(1) **Los conjurados**, Madrid, Alianza, 1985, p. 63. El subrayado es mío

(2) “The Thing That I Am”, **Historia de la noche**, Buenos Aires, Emecé, 1977, p. 120. Ver la nota final en p. 143 y la alusión al “tremendo nombre Soy El Que Soy”

(3) Entre “Los fragmentos de un Evangelio apócrifo” se halla el siguiente: “Nada se edifica sobre la piedra, todo sobre la arena, pero nuestro deber es edificar como si fuera piedra la arena...” **Elogio de la sombra**, pp. 133-35)

(4) **El oro de los tigres**, p. 10

(5) “A Manuel Mujica Lainez”, **La moneda de hierro**, p. 49